

la distancia es infinita, luego la inmutabilidad es absoluta.

Cómo se hace el pasaje de lo inmutable á lo que cambia, de lo infinito á lo finito, es decir, cómo crea Dios?

Si el hombre no puede penetrar, no puede ver con evidencia, cómo se realiza el acto creador, hay, sin duda, razones, medios para concebirlo y que lo hacen, como antes se ha dicho, enteramente racional.

El alma humana es una sustancia simple: el querer es un acto de esa sustancia, y ese querer, acto de una sustancia simple, obra sobre el cuerpo, que es una sustancia compuesta.

Yo quiero hacer un movimiento, lo hago; el esfuerzo está en mis miembros, mi voluntad quiere sin esfuerzo.

No ha salido de sí misma, y sin embargo, ha criado algo fuera de ella: un movimiento.

Esto parece nada: no advertimos su grandeza, porque lo hacemos siempre, sin fijarnos en la trascendencia del acto que ejecutamos.

Visto, sin embargo, de cerca ese acto, se puede notar que un abismo inmenso ha sido franqueado: el abismo que separa lo simple de lo compuesto.

“Si tomo la acción de mi alma, dice el Padre Monsabré, como punto de partida, de una inducción que me conduce á un misterio más profundo, más impenetrable, más grandioso, el misterio de la creación de todas las cosas por Dios, cuyo poder no tiene límites, ¿no es verdad que obro más racionalmente que aquellos que, por horror al misterio, imaginan una sustancia universal, toda llena de contradicciones?”

¿No es verdad que las obras que mi alma produce al exterior, hacen concebible á la inteligencia humana, el acto creador, ese acto por el cual el poder divino, sin salir de sí mismo, da el ser á lo que antes no lo tenía?

Preciso es concluir que el acto creador no es ni una evolución de la sustancia infinita, ni una simple operación del artista, dando forma á una materia preexistente.

El acto creador, para decirlo de una vez, es el acto puro de la voluntad divina, haciendo de la nada todo lo que existe.

Alguien dirá que esto no se comprende.

Esto no se imagina, pero sí se comprende. La creación, no puede imaginarse, no cae bajo los sentidos, que es á lo que el hombre está acostumbrado.

Pero sí puede concebirse, porque la inteligencia humana bien comprende que no hay efecto sin causa; si palpa los efectos, si reconoce la existencia de una causa primera, es para ella ineludible que esos efectos han venido á la vida, tienen ser, por un acto admirable del Ser Supremo, por la creación.

Nada preexiste para la formación del mundo, más que su idea eternamente contemplada por la sabiduría de Dios, en su esencia misma.

Sobre este ejemplar incorruptible, decreta la voluntad divina, libre y amorosamente, la existencia de todos los seres.

“La incomunicable omnipotencia, concluye el Padre Monsabré, por un acto sin esfuerzo, por una palabra sin ruido, comienza todo: el tiempo, los espacios, las sustancias, las fuerzas, los movimientos, las formas, las relaciones, la armonía, el orden universal.

Hay algo nuevo fuera de Dios: la creación lo ha hecho aparecer: pero nada ha cambiado en el ser de Dios: que las criaturas existan, que no existan, será siempre el Dios grande, el Dios perfecto, el Dios santo.

No puede ponerse en duda que Dios es, por creación, el principio de todos los seres.

No puede racionalmente explicarse de otra manera la existencia del mundo.

El acto libre de Dios, dando ser á lo que antes no lo tenía, es el único modo de que la inteligencia humana pueda combinar la existencia de los seres finitos con la eterna existencia del Ser Supremo.

¿Pero cuál es el fin de la creación?

El fin es el principio determinante de toda actividad inteligente.

Ninguna inteligencia emprende una obra, sin proponerse un fin al realizarla.

De otro modo, el acto del agente, sin fin preconcebido, produciría una cosa mejor que otra, la obra sería casual, si cabe la palabra: *Omne agens, dice Santo Tomás, agit propter finem, alioquin ex actione agentis non magis sequeretur hoc quam illud, nisi a casu.*

La inteligencia divina no podía apartarse de esta regla: es regla de todo entendimiento.

Las inteligencias creadas cuando obran se proponen algún fin, se proponen al realizar ese fin, conseguir algo que no tienen: *Sunt autem que-*

dam, continúa Santo Tomás, quæ simul agunt et patiuntur, quæ sunt agentia imperfecta; et his convenit, quod etiam in agendo intendant aliquid acquirere.

La inteligencia creada, como todo agente imperfecto, no es un acto puro: tiene algo en acto y algo en impotencia: por eso al obrar, se propone adquirir alguna cosa.

Dios no es un agente imperfecto: es un agente en acto permanente: nada le falta: nada tiene que adquirir.

Así es que al crear no tiene más intento que comunicar su perfección: *Sed primo agenti, qui est agens tantum*, continúa Santo Tomás con su concisa pero luminosa frase, *nom convenit agere propter acquisitionem alicujus finis, sed intendit solum communicare suam perfectionem; quæ est ejus bonitas.*

No fué otro el fin de Dios al crear el mundo: la bondad divina es el fin de la creación: *Sic ergo*, concluye Santo Tomás, *divina bonitas est finis rerum omnium.*

Dios, en consecuencia, como lo dice una frase de la Escritura, lo ha creado todo para sí mismo: *Omnia propter semetipsum operatus est Deus.*

Ni podía ser de otro modo.

Si Dios no hubiese creado para él mismo todas las cosas, por quién y para quién las había de crear?

Quién habría podido determinarlo á crear, si, fuera de El, antes de la creación, no había otro ser?

Dios al crear las cosas ha querido que vuelvan á El, para que alcance su última perfección.

No han de volver á El para que, por la unificación de los seres creados en su esencia inmutable, El goce de los frutos de su fecundidad, como algunos enseñan.

Han de volver á El para gozar de su belleza divina, pero sin confundirse con su esencia.

Si no fuera así, si Dios después de haber creado á los seres los hubiera abandonado, sin que estos tuvieran que agradecerle ningún beneficio, ni pedirle nada, habría realizado un acto sin nombre, una creación excéntrica, que, como dice el Padre Monsabré, habría sido un desorden y una barbarie: un desorden, porque la perfección de los seres se habría comenzado para que jamás obtuviesen la plenitud de esa perfección: una barbarie, porque las creaturas inteligentes, á quienes atormenta el deseo de la felicidad, se verían condenadas á un martirio eterno.

Todos los seres creados tienden á su fin, que es Dios.

Dios es el fin de su acto creador, porque es su principio, dice Santo Tomás: su cualidad de ser fin, no significa otra cosa más que ser principio hasta el fin, comunicando hasta él su propia bondad.

Una cosa, agrega el Padre Monsabré, no tiene de ser más que lo que recibe de su principio; por consiguiente, una cosa no tiene la plenitud de su ser, que es la felicidad, sino cuando alcanza, según su naturaleza, perfecta semejanza con su principio. Por eso una ley permanente é inevitable mantiene siempre á los seres en continua dependencia de su causa.

No es verdad que el átomo, continúa el Padre Monsabré, gravita hacia el centro que le da la fuerza para moverse?

No es verdad que la flor gravita hacia el sol del que aspira sin cesar la luz y el calor vivificante?

Apenas ha salido de la prisión en que aguardaba un último llamamiento del astro querido de su vida, cuando se vuelve hacia él para recibir el beso de sus rayos y enviarle con la sonrisa de su corola, que se entreabre, el perfume de su embalsamado corazón.

Si la encerráis, agrega el eminente dominico, en un lugar tenebroso, la pobrecita se agota en esfuerzos heróicos, estira su tallo maltratado y enfermizo hasta que encuentra una hendidura propicia que le permite bañarse en la luz.

“Ser encantador, continúa el Padre Monsabré, tú me revelas el misterio de mi destino. Mi astro y generador, mi sol, es Dios; Dios que me ha arrancado de las entrañas de la nada, Dios, autor de mi vida, Dios, la última razón de mi perfección, precisamente porque es su principio.”

El acto creador no ha arrojado de su seno á la creación: la atrae á él sin cesar.

Todos los seres tienden á Dios: el espíritu y la materia, todo busca al Hacedor Divino.

En el hombre es donde puede ver el hombre, mejor que en ninguna otra obra de la creación, esa tendencia á su fin, que es Dios, el infinito.

El hombre quiere siempre conocer, amar y ser feliz.

No encuentra en la ciencia el término de su felicidad.

Si la ciencia, como dice el Padre Monsabré, no es combatida por viles necesidades; si no se apresura á escaparse de nosotros, no obstante nues-

tras labores y nuestras vigiliass; si no pesa sobre nuestro débil cerebro, como un inmenso fardo; si llegamos á dominarla y á adquirirla por completo, jamás brillará á nuestros ojos con ese resplandor divino que satisfaga á nuestra inteligencia.

El sabio, aunque esté dotado de un genio portentoso, de una memoria admirable y prodigiosa, jamás descansa: su entendimiento sigue buscando.

A la presunción de sus años juveniles, sucede la tristeza resignada de la edad madura: á fuerza de aprender, llega á convencerse de que muy poco sabía.

El amor también engaña.

¡Cuántas veces se rompen nudos, que juzgábamoss eternos!

¡Cuántas veces nuestro corazón ensangrentado, se queja de que lo han hecho pedazos pérfidas manos!

Y si la fortuna ha queido que nuestros afectos sean pagados con fidelísimos afectos, ¿no es verdad que tenemos que resignarnos á separaciones dolorosas que nos han dejado por herencia amarguras, gemidos y lágrimas?

Tampoco el honor, la gloria y la fama, dejan satisfechos al hombre.

Si en el vaso de su vida ha logrado recoger el vano humo del incienso que una mano avara distribuye siempre con pesar y que el soplo de la envidia turba siempre, un trágico acontecimiento rompe ese vaso y lo deshonra: cuarenta años de gloria se borran bajo una sentencia de dos palabras: "ha muerto."

Ciencia, amor, honores, gloria, fama, riqueza, placer, aunque todos estos bienes se concentraran en un solo corazón, nunca lo dejarían satisfecho,

El hombre, ha dicho Aristóteles, vive de lo infinito.

Su corazón y su entendimiento, tienen dimensiones infinitas.

"Todos los bienes del mundo, depositados en su alma, no son, dice el Padre Monsabré, más que un vano ruido que hiere dolorosamente las paredes de un abismo sin fondo."

Dios es, por tanto, nuestro fin: á él tendemos, á él nos lleva nuestra naturaleza; nada de lo creado nos satisface.

El entendimiento busca la verdad sin sombras, la verdad infinita: el corazón busca el amor sin pesares y sin envilecimientos, el amor en su fuente, el amor infinito.

Dios se nos da desde esta vida, porque se hace conocer de nosotros y se hace amar.

Pero este conocimiento y este amor, envueltos en sombras y combatidos por mil deseos imperfectos, no son, por cierto, la última palabra de las comunicaciones de la bondad divina.

La idea y el deseo de la felicidad, nos hacen buscar lo que satisfaga al entendimiento y lo que haga descansar al corazón.

Después de las tempestades de la vida, Dios podía darnos esa felicidad por medios naturales.

El Padre Monsabré concibe esa felicidad puramente natural, de este modo: "El mundo purificado nos revela sus secretos, adornado con nuevos esplendores descompone en la magnificencia de sus formas la perfección infinita como el prisma, descompone el rayo solar; el alma, desprendida de las sombras de la carne, ve mejor en sus luminosas facultades la irradiación de la eterna belleza; el cuerpo emancipado de toda enfermedad, contando con sus apetitos legítimos, se somete sin resistencias y sin esfuerzos, á las otras exigencias de una vida superior: mecido en dulce contemplación, amante fiel del Dios que le visita bajo un vestido de gloria, colmado de gozo, seguro de la

paz, el hombre puede esclamar: ya encontré el lugar de mi descanso."

Sin embargo, Dios ha querido hacer más con el hombre.

Dios ha querido ser El mismo la recompensa y la corona del hombre.

Ahondando en nuestras almas el deseo de la felicidad, ha tomado por medida su plenitud infinita.

La razón dice que las claridades de la naturaleza bastan para ser feliz; la revelación promete otras claridades, *transformamur a claritate in claritate*: la razón dice que no puede ver las cosas más que en su propia luz; la revelación nos enseña que veremos la luz en la luz misma de Dios; *in lumine tuo videbimus lumen*: la razón nos dice que no podemos conocer á Dios más que bajo los velos de su perfección comunicada y en el espejo de sus obras; la revelación nos ofrece que lo veremos cara á cara y tal como es; *videbimus facie ad faciem. . . . videbimus eum sicuti est*.

Así, es Dios, el fin de la creación; el fin sublime del hombre.

La tesis cristiana de que todo en el universo tiende á un fin y que el fin último de todos los seres es Dios, ha sido combatida y negada por la filosofía antigua, no menos que por los filósofos de hoy, quienes, con más empeño quizá, pretenden eliminar á Dios del gobierno del mundo, desconociendo su providencia.

Demócrito, Epicuro y Lucrecio, entre los antiguos, negaron la existencia de las causas finales.

Espinosa, con muchos panteístas, y Darwin, con los evolucionistas y recientes positivistas, la han negado en los tiempos presentes.

Los peripatéticos con Sócrates, Platón, Aristóteles, Plutarco y Séneca; los filósofos cristianos, con los Padres de la Iglesia, y en los tiempos actuales, Leibniz, con Newton y Cuvier, entre otros, han sostenido que todo en el universo tiende á un fin establecido por su Creador.

La tendencia al fin, importa cierta inclinación y dirección á obtener alguna cosa.

Esta tendencia puede concebirse de dos maneras: la primera es cuando el agente conoce el fin y la proporción de los medios, y entonces, obra y se mueve hacia el fin: esta manera es propia de

las causas inteligentes, de Dios, de los ángeles y de los hombres. La segunda es cuando el agente es llevado al fin, como movido y dirigido por otro, porque como él no puede conocer ni el fin, ni la razón del fin, no puede por sí dirigirse á alcanzarlo.

De dos modos, dice Santo Tomás, se mueve un agente para alcanzar un fin: de un modo, cuando obra por sí mismo y, conociendo el fin, tiende á él: de este modo se mueve el hombre y todas las creaturas racionales

De otro modo se mueve el agente á un fin, cuando no obra por sí mismo, cuando no conoce el fin y, entonces, es dirigido por otro para alcanzarlo.

De este modo llega al blanco, que es su fin, la saeta disparada por un ser inteligente, que es el que conoce el fin.

Dada esta diferencia, que la razón percibe con claridad suma, fácil es de advertir que en la naturaleza todo tiende, tiene que tender á algún fin.

Propio es de la sabiduría, no obrar temerariamente, sino asignar á cada obra un fin adecuado.

El mundo es obra de la sabiduría infinita: debe, entonces, tener cada uno de los seres que existen en el mundo un fin determinado y preciso.